

una habitación que barrer, pues os alegraréis mucho de ello y sabréis que no solamente barren las criadas. Recuerdo que, estando un día en casa de la señorita Montchevreuil que aguardaba gente, sentía grandes deseos de que arreglasen su cuarto y no podía arreglarlo ella misma porque estaba enferma, ni hacerlo arreglar por su servidumbre que no estaba allí en aquel momento; entonces yo me puse á frotar con todas mis fuerzas y no creí por eso rebajarme. Y por mucho que frotase el piso de vuestra habitación y por mucha leña que os llevase ó por mucho que fregase vuestra vajilla no me creería rebajada en lo más mínimo. Nadie que venga á Saint-Cyr y os vea á todas con la escoba en la mano hallará esto extraño. Todas hemos nacido señoritas, pero señoritas pobres.

No se desdenaban la higiene y los ejercicios, como era costumbre en los conventos. Durante el recreo, las educandas debían saltar, bailar, correr, jugar al marro, á los bolos y á otros juegos que les hacían crecer.

Dentro de casa tienen juegos inocentes como las damas y el ajedrez. Se juega también á *Quiero á mi amiga*, diversión excelente, á juicio de madama de Maintenón, porque las respuestas sirven para precisar el sentido de muchos adjetivos y de sus contrarios. Decís por ejemplo: « Quiero á mi amiga porque es vigilante; y la aborrecería si fuera perezosa. » ¿Está bien respondido? ¿Es la pereza lo contrario de la vigilancia? ¿No lo es más bien la indolencia, la lentitud, el descuido? Sobre esto se discute y se comenta y, sin darse cuenta de ello, se tiene una excelente lección de vocabulario.

Los ejercicios de clase son ingeniosamente fecundos.

Los modelos de escritura eran sentencias morales que madama de Maintenón inventaba y escribía por sí misma al principio de los cuadernos. Eran á la vez modelos de escritura y reglas de ética de grande y sano alcance.

— Ocupad siempre el último lugar; más vale ser llamada que arrojada.

— Decid las menos cosas inútiles que podáis.

— Se burlan con frecuencia de las jóvenes por su timidez, pero ésta hace que se las tenga mayor estima.

Madama de Maintenón fué una institutriz notable.

Amó y conoció á la infancia, de la que habla con acierto, observación y verdad, sea que exalte « ese transporte de sentirse joven », sea que pinte ese « chisporroteo » de las niñas á las que no hay que acusar ni castigar porque sean inquietas, porque abandonen fácilmente su banco ó porque, tras de haber leído algunas líneas, se pongan á mirar á un pájaro que pasa volando. Hasta se complacía en jugar con sus discípulas.

Sus consejos á las maestras están llenos de un profundo conocimiento de la pedagogía, de sus exigencias y de la abnegación y deberes que impone. Asiste á las clases y luego reprende, llamándolas aparte, á las maestras cuyo método no le ha complacido, á las que hablan demasiado para no decir nada, á las que adoptan un tono demasiado elocuente y elevado, falto de sencillez y claridad.

Dictales sus deberes con un rigor y una elevación que demuestran la severa idea que tiene de su responsabilidad y lo mucho que estima su misión. Tienen el deber de ser abnegadas. Deben renunciar á sus aficiones é inclinaciones naturales: « Id derechas al bien prescindiendo por completo de vosotras. »

¡Con qué sublimidad les impone su ardua tarea!

— Rebajáos, doblegáos, hacéos pequeñas para ponerlos al nivel de las niñas. No mostréis repugnancia ni desdén hacia sus suciedades ó enfermedades. Es preciso prestarles calor cuando tiritan de frío, limpiarlas cuando sudan, y seguirlas á todas partes aunque hubiera de costaros la vida.

¡Con qué exquisita experiencia y con qué amor á los pequeñuelos sabe mandar á sus maestras que aprendan á castigar sin ira ni malhumor, y qué excelentes consejos contienen sus instrucciones!

— Al castigar á las niñas, haced que comprendan que es por su bien, y que vean que no lo hacéis por mala voluntad.

¿Puede darse nada más sensato ni más necesario?

Todo lo que quita de la instrucción lo da á la educación: hacer mujeres honradas, madres de familia ilustradas y animosas. Se propuso destruir el orgullo y la exaltación de los sentimientos y mostró odio extraordinario al disimulo pues, como dice: « No es posible matar á un monstruo que se oculta. »

¡Con qué arte va modelando las almas!

Casi todas sus obras tienen por objeto la dirección de Saint-Cyr.

¡Qué soberano buen sentido! ¡Qué rectitud de corazón! ¡Qué profundidad en las observaciones! ¡Qué penetración en los sentimientos!

Reemplaza los libros por medio de conversaciones en que intervenga la discípula. Abría la discusión por una pregunta. Sacaba respuestas de preguntas nuevas y estudiaba el asunto en todas sus fases.

Sus consejos relativos al matrimonio, al celibato y al trato social tienen una verdad, un vigor y una resignación animosa que hacen de ellos un tratado de moral práctica de extraordinario valor.

Toda esta educación demuestra una elevada inteligencia y un pensamiento superior, cuyas audaces novedades no hubieran seguramente logrado imponer, á veces, pedagogos menos influyentes.

Es lo que hoy se llamaría enseñanza moderna, con la aspiración más marcada aún que en nuestra época de preparar á las jóvenes para la

vida práctica que les espera al salir del convento. Les da, como pedía con tanta justicia Fenelón, nociones de derecho y de economía política; les explica lo que es el sistema protector, lo que son los privilegios industriales, la talla, los impuestos y las prohibiciones comerciales; casi llega á realizar las aspiraciones de madama de Genlis, que pedía que se estableciesen en los jardines de los conventos altares y columnas en los que se grabasen las principales leyes del país.

La casa de Saint-Cyr no se hallaba cerrada á las influencias exteriores; las ventanas daban á Francia, de dónde llegaban las últimas noticias de la historia contemporánea, de las recientes victorias de los ejércitos, del regreso de Juan Bart, con un cargamento de trigo, de la paz de Ryswick; y esta intrusión de la actualidad en la educación de las niñas era tan conocida que se burlaban de ella en Holanda, donde se publicó una bufonada con este título: *Lamentaciones de las damas de Saint-Cyr por la toma de Mons.*

Las niñas no eran admitidas hasta los siete años y permanecían allí hasta los veinte, es decir que se aprovechaban los trece años más importantes de la vida para formarlas y modelarlas conforme á los propósitos de la fundadora. No tenían vacaciones. Veían á sus familias cuatro veces al año en el locutorio en presencia de las maestras, quedando de esta suerte libres de la influencia privada de los padres; era la escuela del Estado, en la que « los padres no tienen para qué intervenir respecto á sus hijas ». El rey les daba á la salida una dote de tres mil libras.

El éxito fué considerable. Muchas jóvenes nobles y ricas solicitaron el favor de ser admitidas, pagando su pensión, pero les fué negado este favor, por no estar conforme con la intención de la fundadora. Sin embargo figuran en la lista de alumnas formadas por Saint-Cyr nombres ilustres: la duquesa de Borgoña, la señorita de Normenville, la señorita de Villette, la condesa de Caylus, la señorita d'Aubigné, la condesa de Ayón, la duquesa de Noailles, la señorita de Osmond y otras muchas.

Saint-Cyr formó escuela y se fundaron sucursales dirigidas por las ursulinas en Mantes y en Niort; por las benedictinas, en Moret y en Biszy; por las bernardinas, en Gonerfontaine. El abate Languet estableció más tarde, con arreglo al mismo modelo, en la barrera de Sevres, la institución del Niño Jesús, que recibió treinta y cinco doncellas nobles pobres.

Saint-Cyr duró hasta fines del siglo XVIII, en virtud del impulso dado. La celosa fundadora no estaba ya allí para rejuvenecer el espíritu, de la casa, renovar los engranajes enmohecidos y poner al corriente los métodos: en 1793, se cantaban aún los mismos aires de Lulli que se venían cantando desde hacia cien años. Esta hermosa institución iba

decaendo de día en día merced á la rutina y á la vetustez cuando fué suprimida.

Basta para inmortalizar un nombre la gloria de haber fundado semejante institución. La influencia de Saint-Cyr fué considerable. Las mujeres del siglo XVIII se educaron con arreglo á sus métodos que han subsistido en los sucesivos y, si han dejado á las jóvenes bastante ignorantes, á lo menos les han enseñado el arte inapreciable de ser buenas, de mostrarse llenas de gracia encantadora y de dulzura, de ser esas deliciosas mujercitas que habitaron y regocijaron los conventos de antaño, graciosas, picarescas, ignorantes y risueñas, llenas de sentimiento y vacías de saber, formadas para agradar y para amar, y que sobreponían á las razones de la inteligencia los conmovedores acentos del corazón. Madama de Maintenón fué la abuela de todas las señoritas durante medio siglo.